

GÉNESIS RAMOS RODRÍGUEZ

CONUCO *y flor*

Santo Domingo
2026

© 2026, *Conuco y flor*, primera edición.

© Génesis Ramos Rodríguez

ISBN: 978-9945-9532-2-0

Cuidado de edición

María Carla Picón

Corrección de estilo

María Carla Picón

Diagramación y diseño

Hermis Rodríguez Botier

Cuadro portada

© Ana Victoria Ramos Rodríguez

Fotografía portada

© Abraham Castillo

Impresión

Editora Búho, S.R.L.

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del

© *Copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

DiEditores

*A los abuelos, a los padres y a todos los que han
cuidado la memoria de esta tierra.*

*A quienes, con su voz y su historia, siguen
recordándonos lo que somos:*

un pueblo que recuerda, resiste y florece.

Para que *Conuco y flor* sea una identidad en acto y no solo una sucesión de textos, ha sido fundamental el apoyo de quienes constituyen mi entorno inseparable y parte de lo que soy.

A mi familia, en especial a Ana Victoria Ramos, mi hermana; a Natalia, Romel y Nayiba, mis primos; y a la familia Akhtar. Gracias por ser las raíces que me permiten permanecer plantada y sembrada bajo el palmar de la vida. Ustedes son parte vital de la memoria colectiva que recorre este conuco de la eternidad y me ayudan a no perder el rumbo de lo que seremos.

A Pedro, María Carla, Samuel, Maikol, Abdías, Natdiel, Verónica y Arian, mi compañero de tantas aventuras: gracias por acompañarme a remover la tierra hasta encontrar lo que los antepasados dejaron entre la caña y la cizaña. Su apoyo ha sido el calor que purifica en los momentos en que la tierra devora más sueños que semillas, permitiendo que este poemario finalmente pueda abordarse desde el cuero.

Gracias por ayudarme a arar con sangre y piel, y por ser el refugio seguro entre las mareas de este proceso creativo.

Prólogo

***Conuco y flor* de Génesis Ramos: identidad situada, memoria y neopostumismo**

Hay libros que se leen con la retina. Otros, menos frecuentes, se abordan desde el cuero. *Conuco y flor* (2026), de la poeta dominicana de nueva cosecha Génesis Ramos, pertenece a esta segunda categoría. Lo que ocurre en las páginas de este poemario no es solo una sucesión de textos poéticos, cosa que podría ser cualquier sujeto literariamente alfabetizado, sino una experiencia que apunta hacia el involucramiento del cuerpo, de la memoria y de esa manera tan nuestra, tan criolla, de ser en un mundo que a veces llamamos dominicanidad y, otras, monda y sencillamente, vida.

Siempre he observado que en el ámbito del tallerismo literario en el país, la experiencia de ensayo para la poesía suele orquestarse como el aprendizaje de los bailes: timidez al principio, luego más aplomo y confianza, hasta que de pronto —si se ha perseverado con paciencia judía, es decir, con la de Job—, se adquiere un movimiento propio. En Génesis Ramos, egresada de la carrera de Educación de la PUCMM, se percibe algo que va más allá del oficio bien aprendido. La necesidad

de excavar, de remover la tierra hasta encontrar eso que cierta poesía de los antepasados dejó ahí, entre caña y cizaña, entre el grito y el silencio.

Forma y sentido: los títulos como umbrales

Uno de los elementos que, desde la macroestructura, atraen la atención en la arquitectura del libro, es el juego de las titulaciones. En los poemas versificados, que van desde “Las raíces negras no son amigas de las olas” hasta “Tierra que vaya, caña y cizaña, se pudre sin sol”, alternan con los poemas en prosa, desde “Mitad pez” hasta “Pétalo de piedra”. Los primeros tienden a la concentración, a la imagen que se clava como un dardo; los segundos permiten la digresión, el desarrollo más extenso de una idea o una escena. Pero ambos registros comparten una misma hondura, una misma capacidad de conmover.

Los títulos, además, son pequeños prodigios, casi poemas enlazados a los enunciados que agrupan. En “Burros que aran sus espaldas secas” se condensa en una imagen la explotación del campesino. “Gato en mar que ladra” introduce un humor, una ironía, que contrasta con la gravedad de otros textos. De paso, es un gaje del humor popular que evoca construcciones como el antiguo bar “El pez que fuma”, de profunda

y graciosa evocación. “Somos gotas de vida que se mezclaron una vez” apunta a lo erótico, a la fusión de los cuerpos, pero también a lo cósmico, a esa mezcla primordial de la que venimos. Cada título prepara al lector para lo que viene a la vez que juega a distanciarlo, lo sitúa en una atmósfera, le susurra algo que el poema después confirmará o desmentirá.

La identidad situada del yo poético como tejido de contextos

De las páginas de *Conuco y flor* salta desde la tinta el asunto de la identidad. La identidad, ese tema que parecería rebuscado en el nihilismo “formal” poscolonial y en los conversados de camino, tiene en la experiencia poética, sin embargo, una oportunidad de ser revisitada y replanteada desde la profunda realidad del lenguaje como esa manifestación que solamente adquiere sentido en tanto resulta individual, humana cuando corresponde, y de pretensión global. Es difícil conceptualizar el asunto de la identidad sin caer en el riesgo de sonar desubicado y excesivamente ajeno. Para aproximarnos a la complejidad identitaria que despliega *este* poemario, vale la pena echar mano a la propuesta de Van Der Gaag et al. (2025) en *Understanding identity development in context: Comparing reflective*

and situated approaches to identity, un estudio sobre la identidad y el contexto. Aquí se distingue entre dos aproximaciones: la identidad reflexiva, que entiende el contexto como algo externo con lo que el individuo interactúa, y la identidad situada, que concibe a la persona y su contexto como inherentemente entrelazados, inseparables. En el libro de Génesis lo que encontramos es precisamente esta segunda modalidad: un yo poético que no *está* en un contexto, sino que *es* ese contexto.

Escuchemos esta voz en “Las raíces negras no son amigas de las olas”:

Negrita
negrita me dice toda la gente
prieta me he puesto ya,
barada
plantada
sembrada
esperando
bajo el palmar.

Aquí no estamos ante la descripción de un entorno que influye en una identidad preexistente, sino, más que nada, frente a la constitución misma de esa identidad

construida en el cruce de la mirada social (“toda la gente”), el espacio físico (“bajo el palmar”) y la transformación corporal (“prieta me he puesto ya”). Como señalan Antaki y Widdicombe (2008), desde la perspectiva situada la identidad es algo que las personas *hacen*, incrustado en alguna otra actividad social, y no algo que ellas son. La repetición de “negrita”, ese llamado que viene de fuera no es solo un apelativo, se trata de una interpelación que moldea a la sujeto, que la coloca en un lugar del mundo. La reiteración, como nos recuerda el famoso poema “Me gritaron negra”, de Victoria Santa Cruz, persigue desde la lengua la función del tornillo, que en su incesante y apretado girar confirma el ajuste en una sola dirección.

Asimismo, la secuencia “barada”, “plantada”, “sembrada”, “esperando” acciona como una continuidad de posiciones identitarias que se asumen en relación con la tierra y con la espera del amor. No hay aquí un “yo” abstracto que reflexiona sobre sí mismo, sino un “yo” que se constituye en la inmovilidad, en la espera, en la pertenencia al palmar. La identidad, desde esta óptica, es inseparable del espacio que se habita y de las relaciones que en ese entorno se tejen. Así, identidad y contexto se presentan como uno solo.

Raza, memoria africana y la herida colonial

Uno de los valores de continente en *Conuco y flor* es su función como espacio de articulación de la identidad racial, no como un rasgo biológico y estático, sino como una experiencia situada, atravesada por la historia y por el dolor. Este tema aflora con decisiva naturalidad en el poemario; lo más interesante: al margen de la búsqueda y la agencia oportunista. En “Salgo moreno y no molesta, tengo alma negra africana”, el título establece una tensión entre la apariencia externa (“moreno”) que no provoca rechazo (“no molesta”) y una interioridad que se reivindica explícitamente africana. El poema, dividido en dos partes, se detiene en las marcas que deja el trabajo en el campo:

La hoja brilla
reflejo del sudor.
Corta la piel del campesino
y su destino.

La referencia al destino, ese plural que nos carcome, remite a una instancia que excede la experiencia individual. Porque ha sido tanto en el dominicano el dolor acarreado por la otredad instalada en el uno mismo

que, piensa uno, por un recurso de autoprotección tendemos a ocultar en el hoyo de la memoria los asuntos de la piel, de la piel negra, de la otra y escondida piel. Como refirió Fanon (1952) en su *Piel negra, máscaras blancas*, el sujeto negro no solo carga con su cuerpo, sino con una historicidad que lo precede y lo determina. En Génesis, esa historicidad se hace presente en el machete que corta la piel, en las cicatrices que “viven en el alma de un pueblo”. No hay aquí un lamento abstracto: hay cuerpo, hay herramienta, hay tierra una que devora “más sueños que semillas”.

En “Cruces que traen muerte a mi pueblo”, la pregunta por la divinidad se vuelve un reclamo racializado:

¿Cómo un solo dios
me quita lo que muchos otros me han dado?
¿Cómo tiene miles de manos
manchadas de grito y temblores de miedo?
¿Cómo un dios me quita a mí
que soy un penoso
mortal
miseria
negra
infértil
vacía?

La acumulación de adjetivos, ese “negra” que reaparece en medio de la miseria y la infertilidad, revela una conciencia lúcida de cómo la opresión económica y la racial se entrelazan. La identidad femenina, además, se carga aquí de una esterilidad que es tanto física como simbólica: la tierra no da frutos, el cuerpo no da vida, el pueblo se muere.

Neopostumismo: el legado de Avelino y Moreno Jimenes en clave femenina

Quien haya leído el “Manifiesto Postumista” redactado por Andrés Avelino desde la Colina Sacra en 1921, reconocerá en este poemario ecos de aquella proclama. En este sentido, se trata de una intersección y un diálogo con las raíces fundacionales del color dominicano auténtico, más allá de las pretensiones criollistas, en la literatura dominicana. En la declaración B de dicho manifiesto, se proclama: “Hemos levantado la estatua con el barro grotesco de nuestra América”. Ese “barro grotesco”, se da cita en el poemario de Génesis como la tierra del conuco, la caña, la cizaña, el bohío que grita. Hay, si observamos bien, una diferencia fundamental. En Avelino, el sujeto de la enunciación es un “nosotros” americano, masculino, abstracto. En Ramos, el “yo” que emerge es un cuerpo de mujer, situado, con nombre y con historia.

Así, en los versos de “Sin luna ni tierra, aprendieron a amar el dolor salado del silencio”, la voz poética se desplaza hacia un “ellos” que son los ausentes, los desposeídos:

Les robaron la luna
les arrebataron la tierra.
Aprendieron a amar la sal.

La sal, que en otros textos aparece asociada al mar y al deseo, aquí es el sabor del dolor, de lo único que queda cuando han quitado todo lo demás. Si se quiere precisar, es ese lastre salobre que embadurna el paladar tras el ejercicio del llanto. Esta capacidad de nombrar lo que falta, de hacer presente la ausencia, es una de las conquistas más altas del poemario. Pero quizá donde mejor se manifiesta este neopostumismo sea en “Pétalo de piedra”, el poema en prosa que cierra esa segunda parte del libro. Allí, la narradora camina descalza: “los pies no sentían el dolor y molestia de las piedras, conocía el camino más que a ella”. Ese conocimiento del camino, esa familiaridad con la aspereza, constituye la herencia de los que han venido antes. Y luego, la imagen de los cabellos: “Cabellos rizados, afros enredados en las ramas bajas de los almendros, como si la naturaleza quisiera retenerla, detenerla,

hacerla suya". En este punto la identidad se presenta en el poema como experiencia estética, ese "parecer" que resulta fundamental para marcar las otredades. El cabello afro, signo de identidad racial, se enreda en la naturaleza, se vuelve uno con ella. La naturaleza no es aquí un paisaje externo que se contempla, sino una extensión del propio cuerpo. Identidad situada, sí, pero también identidad encarnada.

En el ámbito estético, uno de los aspectos más luminosos de este libro es esta concatenación con los rasgos postumistas. Puede llamársele neopostumismo, porque retoma la herencia poética bajo la condición de ciertas novedades. Primero, como se ha señalado, la irrupción del yo poético femenino como espacio de la identidad. Segundo, la conciencia de la negritud, un tema que parece fácil y que, sin embargo, nos pesa tanto. Y, tercero, el postulado estético es asumido desde un contexto urbano; a diferencia del postumismo morenista, que al recoger el paisaje rural en realidad estaba incorporando prácticamente el único paisaje disponible, en un espacio dominicano en que prevalecía el monte y la culebra, Génesis aprehende el conuco y la yerba de monte desde una experiencia urbana, lo cual implica un salto profundo hacia la realidad telúrica y concreta.

El amor como desgarradura y como pregunta

El amor, en *Conuco y flor*, no es refugio. Es más bien un campo de batalla, una herida que no termina de cerrar. En “Mitad pez”, uno de los poemas en prosa más memorables del libro, la imagen del pez fuera del agua se convierte en metáfora del deseo y de la pérdida: “¿Qué se supone que hace un pez fuera del agua? jadear, abrir sus branquias, cerrarlas, desesperadamente; pareciera querer inflamarse de aire y explotar”. La asfixia es doble: es la del pez, pero al mismo tiempo la de la mujer que ama en un entorno que no es el suyo. Y luego, el giro estremeciente: “Recuerdo aquel pescado con voluntad de mujer, soñando con pies y pulmones”. La voluntad de ser otra, de habitar otro cuerpo, otra vida, otro amor, atraviesa el poemario como una corriente subterránea.

En “Poca tonta”, el tono se vuelve más coloquial, casi conversacional: “Sus besos, sal. No la sal del mar, no esa que aporta, que alimenta, sino la que amarga”. De nuevo la sal como recurso del amor que amarga, que desgasta, que coloniza. Porque en este poema la relación amorosa se lee explícitamente como metáfora de la explotación: “Él destruye, parte, rompe, tritura lo que toca. No importa el ruido de los dioses ni las plegarias de los hombres. En su caminar, lo único que

importa, el oro, la caza, la colonización". El amante es el colonizador; la mujer es el cuerpo dominado, la tierra violada. Y al final, la pregunta que no tiene respuesta: "¿Puede florecer el amor en un jardín de espinas y sangre?".

Cerrando

Conuco y flor de Génesis Ramos es un poemario que, como la tierra bien trabajada, da frutos que alimentan y también interpelan. No es un libro "que gusta", no es "bonito", sino un compendio que exige ser atendido. Desde una identidad situada, que no separa a la sujeto de su contexto, el poemario explora las marcas de la racialización, la herencia africana, la memoria colonial y el amor como desgarradura. Retoma los postulados del Postumismo —el verso libre, la exaltación de lo vernáculo, la hondura metafísica—, pero los actualiza desde una subjetividad femenina que los fundadores, varones de su tiempo, no podían imaginar.

En los poemas de Ramos, la interacción entre identidad y contexto es constante: con la tierra, con la gente, con la historia, con el amado. El resultado es una poesía que no habla *sobre* la identidad, sino que es identidad en acto. Una poesía que, como el barro del conuco, se deja modelar a la vez que se resiste. Una

poesía que, como la flor, se abre a la luz, pero sabe que abajo están las raíces, y que esas raíces, salvándola del olvido desde el yo poético femenino, son negras.

Pedro Valdez

Escritor, editor, educador e investigador



Solo en arar se me ha ido la vida

Criando cruces en tierras robadas

*Fueron amarrados y heridos,
fueron quemados y abrasados,
fueron mordidos y enterrados.
Y cuando el tiempo dio su vuelta de vals
bailando en las palmeras,
el salón verde estaba vacío.*

*Sólo quedaban huesos
rígidamente colocados
en forma de cruz, para mayor
gloria de Dios y de los hombres.*

Fragmento de "Vienen por las islas" (1493)

PABLO NERUDA

Crisol en mi vientre
cenizas crío
tiembla la herida ceiba

¿a quién le doy mis muertos?
nos dejaron secas las promesas

oigo una lengua de hierro
atados nos gritan alabanzas

bendigo un madero alzado
y ardo partida entre dos cielos.

Las raíces negras no son amigas de las olas

En el conuco
me quedé buscando
el pedazo e caña,
el palmar de azúcar.

La soledad
como rayo e sol
me pega en la cara.

Negrita
negrita
me dice toda la gente,
prieta me he puesto ya
bajo el palmar.

Tus ojos negros café
capitaleño de mi alma,
tu sonrisa
cuarto e naranja.

Tu boca de limón y miel
que calma mis ansias
dijiste ¿amor a distancia o distancia del amor?

Negrita

negrita me dice toda la gente

prieta me he puesto ya,

plantada

sembrada

esperando

bajo el palmar.



Exigirle fruto al naranjo sin darle agua

Índice

- 1** Prólogo
- 17** Criando cruces en tierras robadas
- 18** Las raíces negras no son amigas de las olas
- 20** La intención es un pez sin memoria
- 21** Aunque se aleje la arena siempre sostendrá al mar
- 22** Bienaventuranzas del poeta
- 23** Quien llega para no quedarse, es solo un visitante
- 24** Testigo de besos y tentáculos de muerte, mal mar
- 25** Burros que aran sus espaldas secas
- 28** Quienes mueren en eternidad viven a merced de una condena
- 30** Semilla hueca en tierra seca
- 31** Se vuelve dueño el visitante que se impone
- 32** Tierra ajena, vida prestada, raíz impuesta
- 33** La ceniza llega, los dioses no mandan agua
- 34** Sangro barro, hierve el agua, muere el yo
- 35** Somos gotas que se mezclaron una vez
- 36** Cruces que traen muerte a mi pueblo
- 37** Refugio seguro entre mareas pérdidas
- 38** En el abismo donde la luz se ahoga, sus cuerpos se olvidan
enredados en sombra y coral
- 39** Cobijan juicios, amores, traiciones y raíces
- 40** Palabras altas con intención saladas

- 41 Tallo largo, secas las hojas, raíces cortas
- 42 Mi existencia muerta trae vida
- 43 Quedó desnuda frente al dios que ve la traición
- 44 Fe y baile se acaban cuando cae la lluvia y se ve el muerto
- 45 Quiero, hago, debo, yo, mí, puedo
- 46 Muevo la tierra que me entierra, la siembro y me consume
- 47 Me mostró espejos y me vi hermosa y di oro, lo que soy
- 48 Diferencias que paren odio serán unidas por el hambre
- 49 El fuego me envuelve, no busco sombra, jamás perdonaré
- 50 Dueños de sueños y tierras de mentes y cuerpos
- 51 Me parió el sol y me maquilla el viento
- 52 Huellas en el barro del conuco, que buscaron y se quedaron
- 53 Cicatrices de cayena, corte de necesidad, consuelo de dioses
- 54 Salgo morena y no molesta, tengo alma negra
- 56 Un sol roto en el campo verde
- 61 Mitad pez
- 63 Poca tonta
- 64 Pétalo de piedra
- 69 Tankas
- 72 Haikus